

Análisis de experiencias y articulaciones agroecológicas en el corazón de una provincia fumigada

María V. Taruselli, Mariel D. Zanuccoli, María V. Bautista, Facundo Scattone Moulins; Georgina Gorbik

Autoras: Facultad de Trabajo Social. Universidad Nacional de Entre Ríos. Almte. Brown 54, Paraná, Entre Ríos, Argentina.

Contacto: victoria.taruselli@uner.edu.ar

ARK: <http://id.caicyt.gov.ar/ark://a1mdszsln>

Resumen

En el proyecto analizamos, desde la perspectiva de la agroecología política, las prácticas, discursos y relaciones desplegadas por dos experiencias agroecológicas de Entre Ríos e indagamos, a partir de allí, las redes y articulaciones territoriales construidas a escala provincial y nacional. Particularmente, trabajamos con los establecimientos a) “Minhoca” de la localidad de Tabossi (departamento Paraná), dedicado a la producción de cereales, oleaginosas y molienda para hacer harinas y a la cría de ganado vacuno y ovino, b) “La Dorita”, de la localidad de Basavilbaso (departamento Uruguay), que combina producción hortícola y apícola con elaboración de panificados y conservas.

Privilegiamos un tipo de investigación colaborativa (Rappaport, 2007; Leyva y Speed, 2008), partiendo de instancias más o menos sistemáticas de discusión, intercambio y reflexión conjunta, intentado que los ejes de investigación se articulen con problemas derivados de la experiencia de hacer agroecología. A partir de estos intercambios surgieron algunas cuestiones que abordamos desde el proyecto:

- a) Un crecimiento sostenido de las experiencias agroecológicas en la provincia.
- b) La existencia de redes y vínculos que permiten intercambios y organización entre las mismas
- c) La necesidad de contar con datos que permitan mostrar esas experiencias y redes, ya sea para potenciar sus vínculos como para gestionar recursos frente al Estado.

En función de ello, se construyó colectivamente un formulario de relevamiento y se aplicó el mismo entre finales de 2022 y principios de 2023. Sus resultados parciales son presentados en la presente reseña.

Palabras Clave: agroecología, agroecología política, redes, investigación en colaboración

1. Introducción

La presente reseña presenta los resultados del Proyecto de investigación “Experiencias y articulaciones agroecológicas en el corazón de una provincia fumigada”, desarrollado entre 2021 y 2023 en la Facultad de Trabajo Social (UNER), en el cual nos propusimos analizar las prácticas, discursos y relaciones desplegadas por dos experiencias agroecológicas de Entre Ríos y mapear, a partir de allí, las redes y articulaciones territoriales construidas a escala provincial y nacional. Para ello, trazamos los siguientes objetivos específicos:

a) Relevar las prácticas y discursos asociados al manejo sostenible y ecológico de los establecimientos agropecuarios.

b) Indagar las especificidades de las relaciones de producción al interior de las experiencias seleccionadas.

c) Sistematizar las redes de actores territoriales que contribuyen a la producción agroecológica de las experiencias.

d) Relevar las relaciones existentes entre los actores territoriales y los distintos niveles del Estado.

e) Analizar la construcción y disputas políticas asociadas al sostenimiento de las experiencias y a la configuración de redes y articulaciones territoriales.

Es sabido que la provincia de Entre Ríos, en tanto productora de *commodities*¹ ligados al agronegocio, se ha convertido en uno de los baluartes del neoextractivismo agrario, presentado como único modelo de desarrollo posible para la región por parte de los gobiernos provincial y nacional. Pertenece a lo que la compañía Syngenta denominó la “República Unida de la Soja”, esto es, el reinado de un modelo extractivista caracterizado por la centralidad del paquete tecnológico, que incluye la semilla modificada genéticamente para resistir a los agrotóxicos, cuyo uso aumenta exponencialmente en las superficies donde se extienden los monocultivos (Carrasco et al., 2012). En algunas zonas de la provincia, la soja ha ido desplazando a la histórica producción de arroz. Ambas producciones requieren ser tratadas con gran cantidad de agrotóxicos que, en el campo de cultivo, se pulverizan a través de aviones fumigadores o de tractores “mosquito”.

Sin embargo, en lo que llamamos el “corazón de una provincia fumigada”, se construyen diversas experiencias que desarrollan producciones agroecológicas o están en transición hacia las mismas. Desde éstas, no sólo se pone en marcha un manejo alternativo (en relación con el modelo agroindustrial neoextractivista imperante) de los predios sino también se promueve una forma de organización de los agroecosistemas basada en el paradigma ecológico y en la sustentabilidad. Pensamos que, situadas en los márgenes del modelo productivo vigente, estas experiencias construyen formas alternativas de habitar la ruralidad que ponen en debate cuestiones centrales, tales como qué producimos, para qué, para quiénes y con qué efectos. Preguntas que interpelean, al mismo tiempo, las formas de concebir el desarrollo, el crecimiento y la salud; los modos de producir y habitar los territorios y, en un sentido más amplio, las formas posibles de vivir.

Así pues, desde el enfoque de la agroecología política (Calle Collado, Gallar y Can-

1. Se habla de producción de *commodities* (diferenciado de alimentos) en relación a productos indiferenciados cuyos precios se fijan internacionalmente (Svampa, 2013).

dón, 2013; González de Molina, 2011; Caporal y González de Molina, 2011; Gallar y Calle, 2017), y privilegiando prácticas colaborativas de investigación (Rappaport, 2007; Leyva y Speed, 2008), trabajamos en conjunto con dos establecimientos agroecológicos de la provincia, a saber: a) el establecimiento “Minhoca”, localizado en la localidad de Tabossi (departamento Paraná), que se destaca por la producción de cereales, oleaginosas y la molienda para hacer harinas, así como la cría de ganado vacuno; y b) el establecimiento la “La Dorita” emplazado en la localidad de Basavilbaso (departamento Uruguay), que combina producción hortícola y ganadera con elaboración de panificados y conservas. Ambas comparten su raigambre familiar así como la presencia de mujeres productoras y campesinas, que combinan manejos sustentables de cultivos y ganados, autogestión y canales alternativos de comercialización, con acciones colectivas y reivindicación de saberes sistemáticamente desprestigiados por la tecnociencia. Estas experiencias forman parte, entonces, de un entramado activo de articulaciones territoriales relacionadas a la producción y al consumo agroecológico.

A partir del trabajo en conjunto, emergieron algunas cuestiones vinculadas a los datos que orientaron el trabajo: a) un crecimiento sostenido de las experiencias agroecológicas en la provincia; b) la existencia de algunas redes y vínculos que permiten intercambios y organización entre ellas; c) la importancia de contar con datos que permitan mostrar esas experiencias y redes, ya sea para potenciar sus vínculos como para gestionar recursos frente al Estado. En función de ello, se trabajó colaborativamente en el diseño de un formulario de relevamiento y en su aplicación entre la segunda mitad de 2022 y principios de 2023. Se presentan aquí los resultados parciales sobre la sistematización y el análisis de dichas experiencias, y sus redes y articulaciones políticas y territoriales.

2. Marco Teórico

Para el planteo del proyecto se recuperó el enfoque de la agroecología política, particularmente, los trabajos del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC) de la Universidad de Córdoba (España), que fueron pioneros en introducir en el campo de las ciencias sociales el concepto de agroecología política. Este concepto pone el foco en la “cuestión social” de la agroecología, desde lo personal y micro hasta lo institucional y macro. Desde esta perspectiva, se entiende por agroecología política al análisis y actuación sobre las condiciones sociales, las redes y los conflictos que resultan del apoyo hacia un cambio social agroecológico, es decir, una problematización política de los conflictos socioambientales asociados al manejo de recursos naturales y la construcción de sistemas agroalimentarios sustentables (Calle Collado, Gallar y Candón, 2013; González de Molina, 2011; Caporal y González de Molina, 2011; Gallar y Calle, 2017). Así pues, la agroecología política se ocuparía de entender y acompañar la emergencia de experiencias productivas con prácticas cooperativas que colaboran en la reproducción de bienes ambientales en el conjunto del sistema agroalimentario, por oposición a las economías depredadoras (Herrero en Collado, Gallar y Candón, 2013).

Los autores señalan la importancia de propiciar su desarrollo en una doble dirección: por un lado, como campo disciplinar, vinculado al diseño y producción de acciones, instituciones y normas tendientes al logro de la sustentabilidad agraria; y, por el otro, como una ideología que, inherentemente disruptiva y contenciosa, se ocupe de difundir y convertir en hegemónica una nueva forma de organizar los agroecosistemas

basada en el paradigma ecológico y en la sustentabilidad (Garrido en González de Molina, 2011).

Ahora bien, a fin de avanzar en su estudio y consolidación, el ISEC ofrece un abordaje posible para realizar procesos de investigación desde el enfoque agroecológico, con propuestas de escalas de observación y dimensiones de análisis que velan por la complementariedad de los aspectos materiales e inmateriales de las experiencias productivas.

En este sentido, Collado, Gallar y Candón (2013) afirman que todo análisis de la transición agroecológica debe considerar dimensiones personales; microsociales; eco-estructurales; y meso y macrosociales. En las primeras, ubican a los factores de motivación de los actores, también llamados “de conciencia”, que animan a realizar prácticas agroecológicas en el predio sobre el que se trabaja. En las segundas, a los manejos productivos que promueven la biodiversidad, así como a los entramados de cooperación social y apoyo mutuo; sentando las bases para la sustentabilidad y democratización de los sistemas agroalimentarios, respectivamente. En las eco-estructurales, localizan a los circuitos de circulación de todo tipo de flujos y el establecimiento de circuitos cortos de producción y consumo. Finalmente, en las últimas, buscan ir ascendiendo desde redes de cooperación social hasta la constitución de instituciones sociales, incluyendo a la presión en pos de conseguir gestión de políticas públicas realmente participativas y con agendas abiertas a los procesos de agroecología emergentes (Collado, Gallar y Candón, 2013, p. 255).

De manera complementaria, González de Molina (2011), sostiene que, desde el punto de vista espacial, los procesos de transición agroecológica acontecen en diferentes escalas, a saber: 1) el cultivo (centrado en el manejo del material genético condensado en las semillas); 2) el predio o finca (vinculado con la preservación de –o vuelta a– los policultivos y asociaciones de cultivos, usualmente abandonadas por alternancias de monocultivos según las demandas del mercado); 3) la organización del agroecosistema (es el nivel de los arreglos territoriales en pos de la geodiversidad frente a usos del suelo, especializados en función de las demandas del mercado); 4) el ámbito de la “sociedad mayor”: el Estado Nacional y el proceso global o de especie (la industrialización de la agricultura ha favorecido la integración de los agroecosistemas a escala nacional, primero, e internacional, después, constituyendo un mercado agrario global y un único sistema agroalimentario mundial caracterizado por la especialización de los agroecosistemas).

En este esquema, los niveles más agregados o complejos suponen la emergencia de variables y factores que no se encuentran en los primeros. González de Molina (2011) destaca especialmente dos: la política y la necesidad de la acción colectiva. Esto es así porque, a escala de predio, la propia disposición de las y los agricultores al cambio podría ser suficiente para impulsar la transición hacia sistemas agrarios más sustentables. Pero resulta imposible centrarse en acciones individuales y, muchas veces, aisladas cuando se refiere a la comunidad y, sobre todo, al Estado. Es aquí donde la acción colectiva y su capacidad de influir en el poder político emergen como necesarias, y la agroecología política como concepto rector:

Para nosotros, la transición (social) agroecológica es una mesa de cuatro patas en la que asentar una soberanía alimentaria: nuestro cambio de conciencia, de manejos cooperativos, recreando circuitos cortos (en el consumo y en lo político) para desde ahí sostener instituciones que sostengan estos procesos, básicamente movimientos sociales con capacidad de autonomía y presión frente las institucio-

nes públicas que, hoy por hoy, se inclinan a fortalecer los imperios agroalimentarios. (...) Aun siendo la base los procesos personales y micro, la transición inaplazable de nuestros sistemas sociales y ambientales, hacen necesario un “aquí y ahora” y una mirada global. Ambos apuntan a la necesidad de instituciones públicas, locales y estatales, que ayuden a dar voz y manos a estos cambios, posibilitando escalas de intervención de mayor alcance. (...) Y viceversa, no existirán “paraguas sociales” de mayor escala, si éstas no proceden (en voz, corazón y manos) de propuestas nacidas y legitimadas desde una agroecología emergente. (Calle, Gallar y Candón, 2013, p. 256)

Ahora bien, partiendo de esta perspectiva, hemos construido a lo largo de la investigación una serie de ejes que orientaron nuestro abordaje teórico/epistemológico y que sintetizamos a continuación.

2.1. ¿Por qué considerar la cuestión ecológica como un asunto político?

La construcción de problemas en torno a la ecología tiene la particularidad de debatir el paradigma moderno en torno a los pilares de progreso, desarrollo y ciencia en singular. En este marco, los problemas ambientales irrumpen en la escena política como demandas de grupos afectados por determinadas maneras de producir, que logran organizarse y visibilizan la problemática con lo que poseen; en muchos casos, sus cuerpos (Merlinsky, 2021). El ingreso en agenda de estas cuestiones y la articulación con otras demandas ha sido postergada, ya que la mayoría de las reivindicaciones del siglo XX y los movimientos sociales creaban resoluciones a los problemas sin poner en cuestión el desarrollo y/o progreso indefinido ni la verdad científica como única, totalizante y voz autorizada de definición del bienestar, entre otras.

Consideramos que en la intensidad del conflicto que generan los movimientos socioambientales, la publicidad de sus demandas y las maneras de organizarse para lograr la canalización de las mismas frente al Estado, se reconoce su politicidad y su potencia. Lo característico de estas demandas radica en la interpelación en relación a lo humano y lo no humano y, particularmente, en poner en tensión la premisa de que la única manera de relacionarse con lo no humano es a través de la dominación.

2.2. ¿Qué lugar ocupa(n) la(s) ciencia(s) en los conflictos (socio)ambientales?

La crítica de los conflictos ambientales al paradigma moderno tiene efectos sobre el modo de construir conocimiento científico y el rol que hegemonícamente se ha tomado como productor unívoco de verdad. En este sentido, los estudios de ecología política (Lef, 2006; Merlinsky, 2021; Machado Araoz, 2009, entre otros) parten de resituar la mirada colonial con la que se abordan estos temas y proponen un diálogo entre saberes para la construcción de conocimientos.

Durante el siglo XX, se abonó, reforzó y difundió fuertemente la necesidad (y posibilidad) de que la ciencia proporcione la salida a todos los problemas, a modo de llave al bienestar social. Se la entendió como unívoca y neutral –reduciéndola a tecnociencia–, habitada por expertos, vinculada a los imaginarios de desarrollo, progreso, eficiencia y, en muchos casos, hiper industrialización. La tendencia a exaltar la tecnología se liga a la vehemente creencia en que la ciencia y la tecnología serían la llave para solucionar todos los problemas sociales. En este sentido, Farrés Delgado (2013) va a hablar de la existencia de un proyecto moderno centrado en un discurso hegemonico, que se pretende unívoco y universal, del modelo civilizatorio occidental y que plantea una jerarquía epistémica del sujeto de enunciación occidental.

Como consecuencia de ello, dirá Amorós (en Herrero, 2013), se produce la consolidación de un modelo de pensamiento dual que, aunque habiendo nacido antes de la Modernidad, se consolida y propaga a partir de allí. Este pensamiento dual consiste en construir pares opuestos como clave de lectura para interpretar el mundo, de modo que la realidad aparecería continua y completamente dividida. Con el agregado de que –siendo esto sí obra íntegra del proyecto modernizador occidental– entre estos supuestos opuestos prácticamente no existen interacciones ni relaciones de complementariedad y, dentro de cada polaridad, uno de los extremos reviste una jerarquía superior. De este modo, el término considerado superior se erige en universal, convirtiéndose en la representación del todo. Con la consecuencia de que el otro término del par, el inferior, quede finalmente invisibilizado.

Ejemplos generales de estas dicotomías –nombrando en primer lugar al polo supuestamente superior– pueden ser: cultura/naturaleza; mente/cuerpo; razón/emociones. Asimismo, estas jerarquías tienen sus correspondencias en distintos planos, a saber: una jerarquía etno/racial global (occidentales/no-occidentales); una jerarquía global de género (hombres/mujeres); una jerarquía epistémica (conocimiento y cosmología occidentales/conocimiento y las cosmologías no-occidentales); una jerarquía estética global (formas de belleza y gustos occidentales/formas de belleza y gustos no-occidentales); una jerarquía ecológica global (concepto de naturaleza occidental, siempre pasiva, exterior a los humanos y concebida en tanto medio para la consecución de un fin/otras formas de entender el ambiente, donde las personas son parte y la naturaleza es un fin en sí mismo), siguiendo a Farrés Delgado, 2013.

En este sentido, la reflexión epistémica que necesita la cuestión ecológica/ambiental queda vedada. A partir de esa no respuesta o respuestas dentro de este paradigma, emergen las fisuras sobre las que echan raíces los estudios de ecología política. Del reconocimiento de que hay muchas ciencias, que hay conflicto en torno a su producción y validación, como también la relación (hegemónicamente violenta) con otros saberes, emergen nuevas maneras de producir y divulgar conocimientos, donde el científico es uno entre otros posibles.

2.3. ¿De qué tipos de conocimientos se nutre la agroecología?

La agroecología introduce, junto al conocimiento científico, otras formas de conocimiento. Desarrolla, por consiguiente, una crítica al pensamiento científico de matriz moderna y colonial, para generar un enfoque pluriepistemológico que acepte la biodiversidad sociocultural (Sevilla Guzmán, s/f).

El diálogo de saberes e intercambio de experiencias aparecen como piedras angulares, y se constituyen no sólo como motores de investigación, acción y construcción de conocimiento, sino como posturas ético-políticas. En este sentido, es común encontrar expresiones tales como “hibridación de ciencias y técnicas” e “interdisciplinariedad” en los trabajos y la literatura al respecto (Lef, 2006). Sobre todo, se plantea la revalorización del “conocimiento campesino” derivado de una variedad cultural que se ha desarrollado en la coexistencia con las condiciones naturales, por lo que es necesario darle presencia en el desarrollo técnico-científico.

En este marco, la revalorización del saber local en los procesos de generación de conocimiento se contrapone a la idea dominante de que se podría desarrollar una agricultura con pretensiones de universalidad, homogeneidad y con una jerarquía superior (en sintonía con el espíritu de la ciencia moderna), independientemente de las

especificidades ecológicas, sociales y culturales de cada agroecosistema (Flores y Sarandón, 2014).

Antes que referirse a la agroecología como una disciplina específica, se propone entenderla como un campo de conocimientos que reúne una pluralidad de saberes (ecológicos, antropológicos, económicos y tecnológicos, sólo por nombrar “disciplinas”). En este punto, y en relación a lo que a las ciencias sociales se refiere, éstas quedarían relegadas a un papel “secundario” si sólo se pusiera el foco sobre cuestiones técnico-productivas, pero revisten una importancia vital si ampliamos la mirada hacia el análisis, manejo y diseño de agroecosistemas sustentables, como veremos al llegar a dimensionar las escalas posibles y necesarias de atender con integralidad. En este sentido, Rosset y Altieri (2018) sostienen:

Mucho más que un modo de producir, la agroecología, como el ser campesino, es un modo de ser, de comprender, de vivir y de sentir el mundo. Es una relación social, distinta del capitalismo, que fomenta la recuperación y el intercambio de los saberes locales, la creación colectiva de nuevos conocimientos allá donde surjan los problemas y la transformación ecosistémica en consonancia con las condiciones apropiadas para la regeneración de la vida. (Rosset y Altieri, 2018, p. 197)

Ahora bien, las actividades o tareas productivas, los trabajos productivos, la producción, son nociones que aparecen casi de manera indistinta, no sólo en el sentido común y la literatura del campo económico, sino también en el propio instrumento que construimos, a los fines de desagregar las múltiples tareas implicadas en la cotidianidad rural. No queremos dejar de traer a nuestro marco de referencia los aportes de la economía feminista, que ponen en el centro –para cuestionar– la extendida dicotomía producción/reproducción (o trabajo productivo/trabajo reproductivo). Gracias a los aportes de autoras como Valdivia (2018) y Carrasco (2017), podemos observar de manera crítica esta distinción, entendiendo que no hace más que relegar a la esfera privada todas aquellas actividades que hacen al sostén y reproducción de lo vivo, englobando aquí el cuidado de la especie humana, pero no solamente a ella, además de feminizarlas (esto es, de asignar su responsabilidad a los cuerpos e identidades feminizadas, supuestamente dotadas de cualidades para ejercerlas).

Si bien y, efectivamente, como dice Carrasco, sólo la enorme cantidad de trabajo y de cuidados que están realizando desde siempre las mujeres permite que el sistema social y económico pueda seguir funcionando, no hay nada de *natural* en esta relación entre mujeres y cuidados. Como modo de trascender la dualidad, la autora introduce la noción de reproducción social, entendida como:

(...) un complejo proceso de tareas, trabajos y energías cuyo objetivo sería la reproducción biológica (considerando las distintas especies y su estructura ecológica) y la de la fuerza de trabajo. Incluiría también las prácticas sociales y los trabajos de cuidados, la socialización y la satisfacción de las necesidades humanas, los procesos de relaciones sociales que tienen que ver con el mantenimiento de las comunidades, considerando servicios públicos de sanidad, educación y transferencias que redujeran el riesgo de vida. (Carrasco, 2017, p. 64)

Esta categoría cobra especial relevancia a la luz de las experiencias y procesos que nos encontramos acompañando, anclados en la ruralidad, donde la distinción trabajo productivo/reproductivo ejercido por mujeres queda aún más solapada; y aquellos as-

pectos que hacen a la reproducción social –en términos de Carrasco (2017)– ligados a la accesibilidad a servicios públicos y satisfacción de necesidades no tienen un correlato unívoco ni homogéneo en los territorios.

Por su parte, Korol (2016) repone la noción de trabajo invisible de las mujeres rurales, para englobar no sólo al trabajo doméstico no remunerado, sino también lo que podría ser considerado como trabajo productivo estricto. Éste, a pesar de realizarse de manera cotidiana, no se registra ni se reconoce, pues se entiende como una extensión de las tareas de reproducción biológica y de la reproducción de la fuerza de trabajo². En palabras de la autora:

La participación de las mujeres en la agricultura está enormemente subestimada, pues a la gran mayoría de ellas no se las considera agricultoras sino amas de casa. A pesar de que sus jornadas de trabajo se extienden en promedio hasta las 16 horas diarias (según datos del Observatorio Centroamericano Mujeres y Tierra y las múltiples encuestas de uso del tiempo consultadas) durante las cuales combinan tareas dentro y fuera del hogar, las estadísticas ocultan su aporte productivo bajo la categoría del trabajo doméstico. Un trabajo no valorado económicamente, pese a incluir tareas con un valor económico y laboral importante. (Korol, 2016, p. 96)

Este proceso de invisibilización de los trabajos realizados por mujeres tiene su correlato en la capacidad de decidir *qué* se realiza en y con la tierra, tanto como *de quién* es la misma, en términos de propiedad³. Korol (2016) describe de manera exhaustiva ambos elementos. Por un lado, pone el foco sobre lo limitada que es la capacidad de negociación de las mujeres dentro de la estructura familiar, frente a los hombres encarnados en distintas figuras: maridos, padres, hermanos, hijos. En la mayoría de los casos, son ellos los que deciden qué producir, priorizando en dicha decisión a los cultivos comerciales.

En diálogo con lo anterior y tratando de construir alternativas a la jerarquía, dominación y depredación que suponen las relaciones heteropatriarcales, algunas autoras enlazan los postulados de la agroecología con los feminismos. Tal es el caso de Trevilla Espinal e Islas Vargas (2019), quienes consideran que es posible concebir al cuidado desde una perspectiva socioambiental. Esta opción teórico-política supone el reconocimiento de la coexistencia entre especies, entendiendo a la naturaleza como sujeto con derecho al cuidado. En este sentido, las autoras hablan de *corresponsabilidad*, de cuidado colectivo. Así, identifican en la agroecología feminista una potencia que permite ir más allá de las propuestas en torno al manejo sustentable de los ecosistemas, para cuestionar y trascender las relaciones heteropatriarcales de producción y reproducción de la vida.

En sintonía con ellas, Rodríguez Lezica y Migliaro (2021), hablan de *territorios para cuidar la vida*:

2. A este respecto, es posible traer a colación el trabajo de Visintini et al. (2023), en el que, a partir de un análisis de caso centrado en la vida cotidiana de mujeres tamberas de la provincia de Santa Fe, se concluye sobre la existencia de un doble proceso de invisibilización, tanto reproductiva como productiva. Esto implica que el tiempo invertido en la realización de tareas de cuidados se encuentra naturalizado bajo la percepción de tratarse de “tareas femeninas” y, en igual sentido, las tareas realizadas en predios estrictamente “productivos” son una continuidad de las anteriores.

3. Al respecto, Korol (2016, p. 10) presenta datos contundentes que evidencian la alarmante problemática de la propiedad para las mujeres rurales: actualmente se calcula que existen en el mundo 1.600 millones de mujeres campesinas (más de la cuarta parte de la población), pero sólo el 2% de la tierra es propiedad de ellas y reciben únicamente el 1% de todo el crédito para la agricultura.

son lo contrario a los territorios de muerte, donde prima la necroeconomía del capital, donde vale más una vaca que la salud de toda una población, donde la tierra no es para plantar alimentos sino para especular, donde el extractivismo se encarna en un médico sojero, donde el agua deja de alojar vida y pasa a ser vertedero. (Rodríguez Lezica y Migliaro, 2021, p. 104)

2.4. ¿Qué aborda la agroecología?

Si bien en nuestras primeras representaciones o prenociones, quizás la agroecología aparezca exclusivamente ligada al estudio y manejo de sistemas agrarios con un enfoque distinto a lo que conocemos como agricultura convencional o industrial, debemos sumar a ello el diseño de una estrategia alternativa y eficaz para dar solución a los problemas sociales y ambientales –cada vez más urgentes y de mayor envergadura– que está generando el actual y hegemónico modelo de producción agroindustrial (González de Molina, 2011).

Así, y siguiendo el planteo de Flores y Sarandón (2014), se abren cuatro dimensiones desde las que la agroecología aspira a traccionar: dimensión social, económica, cultural y política. En nuestro proyecto, la preocupación se posa, principalmente, en la dimensión política: los “procesos participativos y democráticos que se desarrollan en el contexto de la producción agrícola y del desarrollo rural así como las redes de organización social y de representaciones de los diversos segmentos de la población rural” (Caporal y Costabeber en Flores y Sarandón, 2014). No hay dudas de que, a nivel regional, nacional o supranacional, no puede pensarse en un nuevo modelo de agricultura si no existe una voluntad política de lograrlo, lo que necesariamente conlleva la imperiosa construcción de formas de construcción política colectiva que fortalezcan el desarrollo y mantenimiento del capital social.

En este marco, la agricultura es entendida como una relación social integral, no sólo de producción de alimentos sino de producción y reproducción de modos de vida. Por tanto, el debate que enmarca la agroecología no se centra solamente en los insumos a utilizar, sino en los procesos en sentido amplio. Se trata, por tanto, de una propuesta con dimensión multiescalar (González de Molina, 2011):

- a. Escala del cultivo: es la primera y más tangible, lo que llega a la tierra y cómo lo hace. La tarea más urgente consiste en recuperar el patrimonio genético y el conocimiento a él asociado.
- b. Escala de predio: en un nivel intermedio, observa la homogeneidad/heterogeneidad del paisaje construido e intervenido a los fines humanos. Resulta imperioso recuperar la heterogeneidad de cultivos y plantas, ya que, a partir de la extensión del monocultivo, se ha reducido la diversidad genética, estructural y funcional. Se trata de revertir este proceso de acuerdo con criterios de manejo que tiendan hacia la sustentabilidad.
- c. Organización del agroecosistema: este aspecto es de los menos desarrollados en el seno de la agroecología. Es el ámbito en el que se discuten los usos del territorio, la presencia/ausencia de sinergias productivas y funcionales; tensión con la industrialización de la agricultura, los monocultivos y las alterancias regidas por las demandas del mercado. El resultado ha sido la pérdida de geodiversidad y de heterogeneidad espacial. Con ello, los flujos de energía y materiales, que tendían a ser locales y cerrados, han acabado siendo globales y provenientes de fuentes fósiles.

Actualmente, nos encontramos inmersos en un mercado agrario global, con la consecuente constitución de un único sistema agroalimentario mundial, en el que los agroecosistemas se integran de una manera desigual y especializada. Nos encontramos frente a un modelo agroalimentario orientado a la producción de *commodities*. Al respecto, Gonzalez de Molina (2011) dirá que “a este nivel se ventilan aspectos tan importantes de la sustentabilidad como la viabilidad económica y la equidad social. Son los mercados nacionales e internacionales y las regulaciones estatales o interestatales los que determinan qué será o no rentable y a quién irán a parar los beneficios de la actividad agraria” (González de Molina, 2011, p. 63).

Se trata, entonces, de modelos políticos en disputa:

El nuestro es el ‘modelo de la vida’, del campo con campesinos, de las comunidades rurales con familias, de los territorios con árboles y bosques, montañas, lagos, ríos y costas, y se opone rotundamente al ‘modelo de la muerte’ del agronegocio, de la agricultura sin campesinos ni familias, de monocultivos industriales, de zonas rurales sin árboles, de desiertos verdes y tierras envenenadas con agrotóxicos y transgénicos. Estamos activamente confrontando al capital y al agronegocio, disputando la tierra y el territorio con ellos. (La Vía Campesina, 2015)

2.5. ¿Qué implica (y por qué) hablar de agroecología política?

A escala de cultivo y de predio, el cambio de actitud de los agricultores puede resultar suficiente para impulsar la transición hacia sistemas agrarios más sustentables. A esto se suman los cambios en las pautas de consumo que, a nivel individual, se pueden alcanzar, vinculados ambos a factores de conciencia ante lo que se da por conceptualizar como “desafección alimentaria”: una percepción social negativa del sistema agroalimentario más globalizado y de las instituciones públicas encargadas de controlar, reproducir o intervenir en él. Dicha desafección implica una desconfianza hacia dicho entramado por motivos de salud, éticos o medioambientales, fundamentalmente (Calle Collado et al., 2012).

Ahora bien, cuando hablamos de la comunidad, asumiendo que se trata de una opción que interpela y politiza –en el sentido de “politizar la existencia [y] salir de sí” (Precarias a la deriva, 2004, p. 83 en Pérez Orozco, 2015) el cuidado y la relación entre especies, y más aún cuando ampliamos el foco hacia el Estado y los arreglos internacionales, el poder político no puede quedar por fuera de los análisis. Es fundamental, entonces, entender que la sustentabilidad agraria no se consigue únicamente con medidas tecnológicas (agronómicas o ambientales) que ayuden a rediseñar los agroecosistemas de manera sustentable, sino que implica también –y sobre todo– relaciones socioecológicas, impregnadas por el poder y en las que el conflicto y la pluralidad se erigen como partes constitutivas:

La organización y manejo de los agroecosistemas se suele considerar habitualmente desde una perspectiva material. Sin embargo, un abordaje socioecológico riguroso obliga a considerar de manera igualmente relevante a aquellas instancias y mecanismos de carácter no material con los cuales y dentro de los cuales funcionan los agroecosistemas. (González de Molina, 2012, p. 10)

La Agroecología Política –tal como es concebida y esbozada desde Instituto de Sociología y Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba, España– debe desarrollarse, entonces, en una doble dirección: a) como campo disciplinar que se ocupa del

diseño y producción de acciones, instituciones y normas tendientes al logro de la sustentabilidad agraria; b) como una ideología que, en competencia con otras, se dedica a difundir y convertir en hegemónica una nueva forma de organizar los agroecosistemas basada en el paradigma ecológico y en la sustentabilidad.

2.6. El alimento como relación sociopolítica: ¿para qué y para quién?

En un primer momento, la agriculturización, de la mano de revolución verde y, posteriormente, la ampliación de la frontera cultivable combinada con el monocultivo transgénico (la biorrevolución), tuvieron profundos efectos políticos en los territorios, tras la justificación de producir más alimentos para obtener seguridad alimentaria. Esta transformación, que cambió de manera profunda el mundo rural, ingresó sin debate, a partir de la presunta neutralidad valorativa de las tecnologías en pos del bienestar mundial, lo cual no habilitó la pregunta de para qué y para quiénes, mucho menos el cómo (Aranda, 2020).

Se definió que había que producir a demanda mundial, que esa demanda se centraba en la focalización de la producción en determinados alimentos, sin poner en la balanza la consecuencia de truncar modos de vida ligados a esta reducción de la diversidad y desregionalización/globalización de la producción. En este sentido, la autonomía en torno a la producción de alimentos pasa de pensarse diversa y territorializada a ser definida a escala mundial por nuevos actores (aglomerados en la reproducción del paquete tecnológico), ligados a la satisfacción del mercado internacional y no a la ruralidad o la producción de alimentos para satisfacer a las poblaciones.

A partir de esto, se habla de producción de *commodities*, diferenciado de alimentos (Svampa, 2013). Una consecuencia importantísima es la ruptura de los lazos de sociabilidad rural en torno a los alimentos, provocando no solo la pérdida de alimentos regionales, sino precisamente desarraigo rural o, como explican Teubal y Giarracca (2005), una agricultura sin agricultores. Ejemplos de este proceso pueden verse en el debate en torno a qué tan necesaria resulta una escuela rural y si tiene el valor suficiente como para que la producción de *commodities* sea alejada por daños a la salud. También en el aumento de cordones urbanos donde no están garantizados los derechos básicos, habitados por familias expulsadas de lo rural: el nuevo trabajador rural que vive en la urbanidad.

Ahora bien, al tiempo que se fomenta en Argentina el paradigma del agronegocio, a nivel mundial se establecen articulaciones para poder resistir al desarraigo rural y la contaminación ambiental, defender la biodiversidad alimentaria y poner en el tapete preguntas sobre el alimento: qué, cómo, quién, para quién y para qué se produce y consume. La respuesta se condensa en un documento que elabora la Vía Campesina, donde expresa:

La alimentación es un derecho humano básico. Este derecho únicamente se puede asegurar en un sistema donde la Soberanía Alimentaria está garantizada. Soberanía Alimentaria es el derecho de cada nación para mantener y desarrollar su propia capacidad para producir los alimentos básicos de los pueblos respetando la diversidad productiva y cultural. Tenemos el derecho a producir nuestros propios alimentos en nuestro propio territorio. La Soberanía Alimentaria es una precondition para la seguridad alimentaria genuina. Nosotros, LA VIA CAMPESINA, rechazamos las condiciones económicas y políticas que destruyen nuestros medios de ganarnos la vida, nuestras comunidades y nuestro medio ambiente natural. (Vía Campesina, 1996)

A través de este escrito, los movimientos campesinos declaran que solamente a través de la colectivización van a poder desafiar al sistema agroindustrial hegemónico y sostener la soberanía alimentaria en los territorios. Así, no solo entienden que deben articular para persistir en sus territorios, sino para lograr que la democracia se amplíe de tal manera que contemple en todos los niveles de decisión política formal la voz campesina, especialmente de la mujer campesina.

3. Marco Metodológico

Metodológicamente, privilegamos un tipo de investigación colaborativa (Rappaport, 2007; Leyva y Speed, 2008; Hale, 2006, 2008) que, en líneas generales, propone que el proceso de investigación debe ser realizado con las organizaciones o sujetos, en forma de colaboración y participación colectiva, que incluye desde la formulación del diseño del proyecto, pasando por la recolección de datos y su interpretación y análisis. En suma, un proceso donde se discutan las distinciones entre el *nosotros investigadores* y el *ellos proveedores de datos* que caracterizan muchas formas del trabajo, especialmente en la modalidad de trabajo con informantes clave (Edelman, 2009). Tales metodologías buscan hacer de esa colaboración no solo un aporte a las comunidades y organizaciones, sino mejores investigaciones, gracias a la posibilidad de producir más y mejores datos a partir del compromiso, a la vez que análisis innovadores (Hale, 2006; Rappaport, 2008).

Desde el proyecto, partimos de una invitación a trabajar de “común acuerdo” (Briónes, 2013), con un primer acuerdo que era “trabajar en conjunto”. A partir de allí, sostuvimos instancias más o menos sistemáticas de discusión, a fin de decidir lo que haríamos en el marco del mismo, con los tiempos y los recursos con los que contamos. Los primeros intercambios se orientaron a pensar: ¿Para qué trabajar en conjunto? ¿En qué creen que puede servirles el trabajo con nosotros? ¿Cuáles son los límites de nuestras posibilidades? ¿En qué sentido sus aportes resultan significativos en el marco de nuestras preocupaciones de investigación?

Aun cuando tendemos a pensar la colaboración no como una “receta” sino como prácticas colaborativas, consideramos que resulta significativa la forma en que esta perspectiva concibe el trabajo de campo. Según Rappaport (2007), la perspectiva en colaboración sugiere repensar qué hacemos en el campo, así como en redefinir qué es el campo. Dejar de pensarlo como *espacio de recolección de datos* para reconocerlo como *espacio de co-teorización*. Se entiende la co-teorización como:

La producción colectiva de vehículos conceptuales que retoman tanto a un cuerpo de teorías antropológicas como a los conceptos desarrollados por nuestros interlocutores. En esencia, esta empresa tiene el potencial de crear nuevas formas de teoría que la academia sólo contempla parcialmente por sus contenidos. (Rappaport, 2007, p. 2004)

Desde este punto de partida, lo que ocurre en el campo es crucial para la manera en que se conducen los trabajos en colaboración: mucho más que la recolección de datos, en el espacio de campo se está desplegando un proceso de interpretación colectiva. Ello supone además reconocer que quienes llevan adelante estos procesos organizativos producen no sólo narrativas, ideas, valores, nociones alternativas (de ciudadanía, trabajo, de desarrollo, etc.), y destacar que producen conocimiento que debe ser situa-

do a la par del conocimiento científico (Fernández Álvarez y Carengo, 2014; Leyva y Speed, 2008).

Siguiendo este enfoque, los objetivos inicialmente planteados se fueron modificando a la luz de las propuestas hechas por las productoras, más orientadas a desarrollar una herramienta de sistematización de espacios productivos en la región que permita mapear el trabajo que vienen realizando y potenciar las experiencias agroecológicas existentes. Concretamente, se diseñó colectivamente un instrumento de relevamiento (ver Anexo), lo cual supuso reuniones presenciales e intercambios virtuales a fin de consolidar un formulario que, en parte, recuperaba las capas analíticas propuestas por el enfoque de la agroecología política e incorporaba otras dimensiones vinculadas a las particularidades del territorio provincial, en general, y a las expectativas y demandas de las productoras, en particular.

Dicho formulario circuló a través de contactos y redes de las productoras y de quienes integramos el equipo de investigación, durante septiembre de 2022 y febrero de 2023. Se obtuvieron un total de trece respuestas, cuyo análisis será compartido en el apartado siguiente. Si bien no se trata de una muestra representativa en términos estrictos, nos permite una primera aproximación y mapeo de las experiencias agroecológicas en el territorio provincial. Asimismo, el formulario permanece abierto, en tanto pretende ser un instrumento de sistematización útil para quienes sostienen estas experiencias, cuyas respuestas –pero también preguntas– permanezcan abiertas a las nuevas necesidades y dinámicas organizativas. Los resultados parciales de esta primera etapa de relevamiento serán además compartidos con quienes respondieron el formulario mediante un recurso gráfico que se encuentra en elaboración y que pretende presentar resultados en torno a las siguientes capas:

- Capa ecológica: centrada en las prácticas y tecnologías empleadas en el manejo de las producciones, enfatizando en las dimensiones personales con las que se definen para el sostenimiento de dichas maneras de habitar la agricultura. Aquí cobran especial relevancia los orígenes, fuentes y características de los saberes que sustentan sus prácticas agrícolas.
- Capa socioeconómica: abocada a desentrañar las especificidades que adquieren las relaciones de producción, atendiendo especialmente a la división sexo-genérica del trabajo. Además, interesa reconstruir las conexiones con otras experiencias que hacen a la gestión colectiva y cooperativa de los territorios y la alimentación.
- Capa sociopolítica: abordada tanto desde el plano simbólico, buscando dilucidar la construcción o reconocimiento de un ‘nosotrxs’, la búsqueda de un cambio social, la apelación a argumentos de interés público y la reivindicación de saberes populares y tradicionales, en convivencia con los académicos, propio de la ecología de saberes; como desde el plano material, ligado a la puesta en marcha del repertorio de acción política y/o de protesta; e instancias de articulación con instituciones estatales.

4. Síntesis de resultados y conclusiones

Las discusiones y los resultados alcanzados pueden diferenciarse en dos etapas de desarrollo del proyecto.

4.1. 1° etapa: Trabajo colaborativo con las productoras de Minhoca y la Dorita

La primera parte del trabajo de campo estuvo orientada a conocer las experiencias y a quienes las sostenían, así como sus formas de pensar, vivir y construir agroecología.

La Dorita es una experiencia ubicada en las afueras de Basavilbaso, sostenida por Alicia, sus hijas, Esmeralda y Rayen, y el compañero de esta última, quienes viven en el campo. Allí es posible encontrar en un mismo predio tres huertas o espacios de producción diferentes: una de Alicia, al costado de su casa, donde produce principalmente verduras; otra de Esmeralda, que combina árboles y arbustos de especies nativas y exóticas, y, finalmente, la de Rayen, donde se producen plantas nativas, con modalidad de vivero. Cada una se ocupa de la mantención de la misma, guardando su autonomía dentro de la granja. Además de estos tres espacios, Alicia tiene alrededor de veinte vacas lecheras. También producen allí maíz, en unas tres hectáreas. Según reconoce Alicia, se produce en cantidades acordes a lo que se va a consumir pues, en el caso de producir más, no tendrían donde almacenar. Por su parte, Esmeralda es también fotógrafa y Rayen organiza en su vivero talleres de plantas nativas y fabrica, junto con su compañero, cerveza con cebada de Minhoca y trigo.

Minhoca es un predio en el departamento Tabossi, principalmente sostenido y habitado por Alicia y su hijo, Germán, en el cual se siembra, de forma agroecológica, trigo candeal y lino. Además, cuentan con espacio de molienda de harinas, con una gran moladora de maíz que permitiría producir más de lo que producen actualmente pero deberían contar con otro molino y otras herramientas. Además, tienen dos vacas y el proyecto de aumentar esta cantidad, pues para la agroecología es fundamental la *bosta*, considerando que fabrican sus propios bioles. En Minhoca trabajan tres personas más y producen de 300 a 500 kg de harina por semana.

Los intercambios con estas mujeres nos condujeron a recuperar el concepto de *agroecología* antes que como una clave explicativa, como una categoría de la *práctica* en torno a la cual se construyen distintos sentidos y significados, en contextos situados y territoriales. La agroecología parecería remitir a un proyecto, una opción de vida, que se materializa en prácticas, relaciones y técnicas diversas.

En este marco, un concepto central movilizaba las decisiones que se tomaban en La Dorita, a saber: “no sobrecargar el campo”. Por ello, allí se produce para vivir, y el trabajo está atado tanto a las necesidades como a las motivaciones de quienes lo habitan. La Dorita, antes que un establecimiento productivo, es según Alicia “un espacio con el que conviven”, en donde la lógica no está centrada en la productividad. No apuntan a obtener rentabilidad a cualquier costo, sino a una vida cada vez más digna. Valorizan el trabajo que hacen y también el que hace la biodiversidad misma. Hay, en este sentido, una idea fuerte de *abundancia* asociada al hecho de trabajar en conjunto con los ritmos del ecosistema. En relación con esta forma de pensar la producción y la vida, Alicia se reconoce como “agricultora campesina”, y asume que el horizonte es la “soberanía alimentaria”.

En Minhoca, un concepto fuerte que nos interesa recuperar es el de “revitalizar el suelo” como uno de los objetivos centrales que persiguen quienes hacen agroecología hoy. Aquí, quizás como un primer gran paso, la tarea estaba vinculada a desandar una historia de devastación de los territorios. Si en otros momentos históricos o en otros territorios, los esfuerzos podían orientarse a qué y cuándo producir, en la actualidad y en Entre Ríos, la preocupación estaba centrada en revertir un daño, en volver a dar vida al suelo que (nos) aloja los cultivos.

En ambas estaba muy presente el deseo (y la necesidad) de “contagiar” la experiencia a quienes aún producen de modo convencional y de tejer articulaciones entre quienes, con diferentes modalidades, vienen construyendo alternativas al extractivismo. En relación con lo primero, es de señalar que el campo lindero al de Alicia es propiedad de su hermana, que lo arrienda a un productor que hace producción convencional de soja. Sin embargo, reconocía que, hablando con la hermana y el productor, va convenciéndolos para modificar, de a poco, sus prácticas; por ejemplo, mediante la utilización de bioles. Así también, Alicia aprovechaba los vínculos con algunos vecinos que le suministraban ingredientes para la elaboración del biol para conversar sobre las bondades del mismo y mostrarles el paso del residuo al fertilizante.

Con respecto a lo segundo, hubo en el pasado (también en la actualidad y proyectos a futuro) avances hacia construcciones más colectivas. Mientras que Alicia recordaba que se había creado en un momento la cooperativa “Amigos de La Dorita” para la siembra de maíz, o la realización de trueques para el acondicionamiento de maquinaria (ingletadora) para hacer trabajos en madera, Amelia reconocía un proyecto a futuro de compra colectiva de maquinaria.

Asimismo, Alicia, Esmeralda y Rayen forman parte del grupo fundador de la Coordinadora Por Una Vida Sin Agrotóxicos: Basta es Basta, con presencia en distintas localidades de la provincia. Entre los lazos que generaron como organización, articularon con la directora de la escuela de Basavilbaso que, a la vez, fue concejal. Desde esa articulación, se presentó el proyecto de ordenanza de fomento a la agroecología que dio inicio a un debate que desembocó en la ordenanza actualmente vigente. Si bien, según relata Alicia, la ordenanza actual recoge el modelo de Hersilia, diferente al presentado por la concejal, la existencia del debate mismo dio lugar a la instalación de la temática en la agenda legislativa local y permitió mostrar el trabajo y conocimiento en torno a la temática de las organizaciones, aun cuando –tal como señala Alicia– en general las voces de las organizaciones ambientales y de las productoras no son consideradas.

Ahora bien, tal como se explicó en la metodología del proyecto, el trabajo propuesto involucró una serie de intercambios más o menos sistemáticos para conocernos, en primer lugar, y luego para la construcción de un instrumento de relevamiento que permitiera contar con datos actualizados sobre las experiencias de producción agroecológica (o en transición hacia ella), sostenidas en diferentes puntos del territorio provincial. La distancia geográfica es uno de los principales desafíos para relacionarse con otros productores, colectivos, técnicos, etc. que están pujando por la agroecología y la soberanía alimentaria. Los datos en este sentido se constituían en un recurso de gran valor a la hora de intercambiar insumos, semillas y otros, pero también información acerca de actividades, posibilidades de financiamiento, etc. Asimismo, los datos podrían constituir una importante herramienta a la hora de demandar ante el Estado políticas de promoción hacia el sector. Desde el proyecto, la idea no sería tanto hacer un relevamiento de todas las experiencias (lo cual resultaba inviable en veinticuatro meses y con los recursos disponibles), sino aportar a la construcción colectiva de un instrumento de relevamiento que permitiera sistematizar datos significativos para las experiencias y que el mismo permanezca activo para registros futuros, más allá de los tiempos del proyecto.

El trabajo de elaboración colectiva de este formulario involucró una serie de reuniones virtuales y presenciales. Ante una primera propuesta de relevamiento, iniciamos un trabajo de primer listado de preguntas orientadas a indagar en torno a la vida en el predio, las formas de organización, de articulación y redes, las definiciones en torno

a las formas de producir y vivir la ruralidad, etc. Con estas pretensiones, diseñamos un primer formulario que fue compartido con Alicia y Amelia, quienes sugirieron reordenar preguntas y considerar algunas otras que, aunque no previstas en el enfoque teórico, resultaban de interés para quienes producen en territorio.

Consideramos pertinente aquí recuperar algunos diálogos sostenidos en el armado del formulario:

- a. La utilización de lenguaje no sexista, a cuyo uso todes adscribimos: después de una serie de intercambios, consideramos que podía funcionar como un factor que anulara la participación de productores aún no familiarizados con su uso, por lo que decidimos no utilizarlo.
- b. La incorporación de los nombres técnicos, sobre todo los referidos a lo estrictamente productivo, donde la búsqueda de sentidos compartidos y frecuentemente utilizados en las ruralidades fue el horizonte que permitió consensuar determinados vocablos y descartar otros.
- c. La incorporación de un apartado sobre trabajo de cuidados fue una impronta que, como mujeres investigadoras en diálogo con mujeres productoras, consideramos imprescindible sostener, más allá de entender que podía llegar a generar resistencias o, más bien, desconciertos, al tratarse de un relevamiento centralmente basado en lo productivo. Entendiéndolo como aporte hacia la visibilización de las tareas feminizadas, fue un riesgo que decidimos tomar.
- d. De manera complementaria, todo un apartado sobre condiciones de vida en la ruralidad, que incluye una primera aproximación a trabajo de cuidados y sostén de la vida, surgió a partir de la inquietud de una de las productoras. Lo mismo ocurrió con el deseo de indagar sobre los motivos que conducen a no habitar los predios productivos, subyaciendo, en uno de los casos, la complejidad de los vínculos familiares para una mujer que decide alejarse de la producción convencional como pista para leer este dato.
- e. Finalmente, otra discusión que debimos darnos fue en relación a los ámbitos de difusión: ¿orientaríamos el formulario hacia les convencidos o diseñaríamos un relevamiento lo suficientemente amplio como para incluir a les indecises, las transiciones, les deseoses de saber? En este sentido, optamos por la segunda opción y esa opción, como las demás, estuvo presente en el armado del instrumento, tanto a la hora de decidir cuáles preguntas incluir y cuáles no, cómo serían formuladas, cuáles serían de respuesta obligatoria, etc.

Habiendo tomado decisiones en torno a dichas cuestiones, los principales ejes de relevamiento acordados fueron: la cantidad y ubicación de producciones agroecológicas en la provincia, con la idea de hacer un mapeo de las mismas; las prácticas y tecnologías empleadas en el manejo de las producciones agroecológicas; el acopio y almacenamiento de las cosechas; los posibles espacios de intercambio de semillas, maquinarias e insumos en general; la existencia de conexiones o vínculos entre experiencias; los espacios de construcción de redes y de militancia en torno a la agroecología; las relaciones de vecindad con productores y productoras no agroecológicas; las cuestiones vinculadas al sostenimiento de la vida en la ruralidad.

Ello condujo a una revisión final del formulario, que luego sería circulado por todes, pero principalmente por las productoras, mediante los vínculos previos, pero también apostando a que los trascienda y se multipliquen.

Luego de las visitas a las experiencias y los intercambios con las productoras y sus familias, emergieron algunas cuestiones que consideramos importante profundizar en posibles continuidades de la investigación.

En ambas experiencias los campos fueron heredados y “volvieron” a él desde diferentes historias. En el caso de Minhoca, Amelia relata que su mamá gestionaba el campo desde Paraná, llamando por teléfono a la cooperativa del pueblo para ver si tenía soja para vender. También marca como un hito en su vida el momento en que su mamá la llamó para decirle que, si quería hacerse cargo del campo (algo que ella venía planteando), debía volverse porque si no lo vendía. Ella nunca había vivido en el campo, pero lo amaba por los recuerdos de su infancia y las vacaciones en la casa de su abuelo (en la que ahora vive). Cuando su mamá le da el ultimátum, Amelia, quien estaba viviendo en Sao Pablo, le dice que no lo venda y organiza una mudanza en auto con casa rodante, vende todo y se vuelve. Pero con una elección y un deseo diferente: volvía a habitar el campo, esta vez para vivir en él y para producir de un modo que marcaba un quiebre con la forma de producción anterior.

En el caso de La Dorita, lleva este nombre por la abuela de Alicia. El campo es heredado y Alicia con sus hijas son las únicas que viven y trabajan en el espacio. Ella vivió allí hasta que se fue a la ciudad, pero siempre quiso volver. Cuando fallece su padre, el campo se divide con su hermana, que elige arrendar con un productor de soja. Ella se hace cargo de su parte con la idea clara de producir de otro modo, y sus hijas mujeres la acompañan. En la búsqueda de la producción de está “vuelta al campo”, se juega el deseo de cada una. Como ya se mencionó, en el predio hay 3 huertas/espacios de producción y cada una se ocupa de la mantención de la misma, guardando su autonomía dentro de la granja. Además, se muestran orgullosas de que las producciones tienen que ver con sus intereses, mientras que en una se ve producción para la promoción de plantas nativas, en otra se ven producciones más exóticas, en una búsqueda de autonomía e identificación con la producción que permita desplegar los intereses de cada una. La diversidad de producciones y de paisajes dentro del mismo predio está relacionada con esta búsqueda.

Las historias de estas las productoras, lo heredado con sus rupturas y continuidades, las infancias, los vínculos familiares y las decisiones sobre las formas de volver/producir/vivir/habitar el campo son cuestiones que nos gustaría profundizar en el futuro.

4.2. 2° etapa: Puesta en marcha del dispositivo de relevamiento

A continuación se presenta un análisis realizado en base a las respuestas al formulario. El mismo está organizado en función de las capas y subcapas analíticas (ecológica, socioeconómica y sociopolítica) propuestas en la metodología, que orientaron el trabajo, y pretende sistematizar los datos construidos en el trabajo de campo, así como dar cuenta y reflexionar sobre los principales nudos de discusión que del mismo se desprenden.

El formulario fue respondido por trece personas (de las cuales, 7 se identificaron con género masculino y 6 con femenino). Sus predios, o los establecimientos en los que trabajan (ya que en cuatro casos no detentan la propiedad de la tierra) se ubican en siete departamentos de nuestra provincia.

Gráfico 1



Fuente: Relevamiento propio.

A su vez, las localidades de pertenencia resultan todas diferentes:

Tabla 1: Experiencias por localidad y departamentos

DEPARTAMENTO	LOCALIDAD	NOMBRE DEL EMPRENDIMIENTO
Colón	Colonia Hocker	5 gurises
Concordia	Colonia Ayuí	Gaiga
	Concordia	Establecimiento La Josefina
	Estación Yerúa	Sabores de la Huerta
Diamante	Villa Libertador San Martín	Chacra PosVill
Gualeguaychú	Rincón del Gato	Biofábrica Municipal
La Paz	El Quebracho	Apicultura San Expedito
	La Paz	Huerta Santa Catalina
Paraná	Aldea San Antonio	Clauvise
	Paraná	Agroindustrial Agropecuaria Paraná Cooperativa de trabajo
	Quebracho	La Cumbre
	Tabossi	Minhoca
Uruguay	Basavilbaso	La Dorita, Granja Agroecológica

Fuente: Elaboración propia.

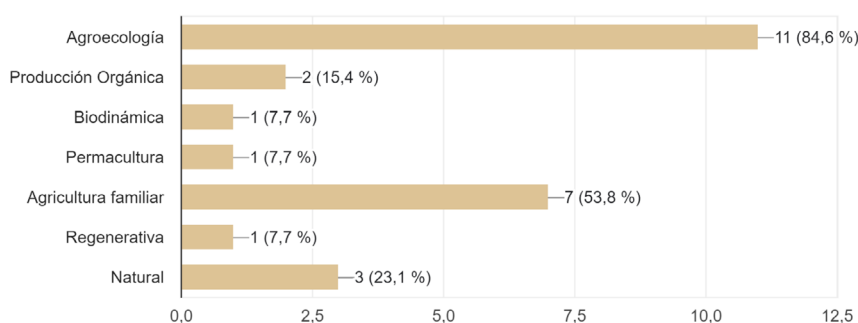
utiliza. En lo que concierne en particular a la utilización de semillas, de 12 respuestas contabilizadas, permiten observar que en un 75% el origen es criollo, un 33% no transgénico, a lo que se suman un 17% que desconoce el origen y un 8% que expresa que es transgénico.

Al respecto de la correlación entre prácticas y modos de producción adoptados, como puede observarse en el siguiente gráfico, la mayoría de respuestas ponen en primer lugar a la agroecología, seguido de agricultura familiar, producción de tipo natural, orgánica, y biodinámica, permacultural y regenerativa.

Gráfico 2

11. ¿Considera que sus prácticas se corresponden con alguno/s de estos modos de producción? (puede marcar más de una opción)

13 respuestas



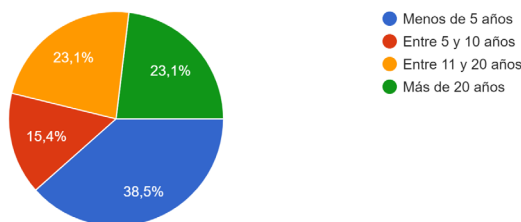
Fuente: Relevamiento propio de productores.

Al interrogante sobre el tiempo que se lleva sosteniendo la modalidad de producción adoptada, de 13 respuestas, un 38,5% indicó que hace menos de 5 años, un 23,1% entre 11 y 20 años, un 23,1% hace más de 20 años y, por último, un 15,4% entre 5 y 10 años. Asimismo, las respuestas indican que más de la mitad de los encuestados no sostuvieron un modo de producción tradicional/convencional. En este sentido, podemos advertir la presencia de experiencias que desde un inicio adoptaron cierta perspectiva agroecológica, mientras que en otras existieron procesos de transición agroecológica.

Gráfico 3

13. ¿Cuánto tiempo lleva con este modo de producción?

13 respuestas



Fuente: Relevamiento propio.

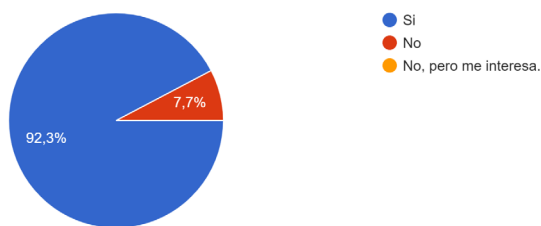
En cuanto a las dimensiones personales que dan sentido a las prácticas desarrolladas, se evidencia una diversidad en las respuestas. Es posible asociar a las mismas a diferentes cuestiones relacionadas a: el cuidado del ambiente y la salud de las personas; a la producción de alimentos sanos, ya sean para autoconsumo como para su comercialización; al desarrollo del grupo familiar en tanto modo de habitar la ruralidad.

A continuación, presentamos algunas frases en este sentido: “Porque tenemos la convicción de alimentación sana”, “Porque producir ‘sano’ es la única manera de ‘hacer alimentos’ y la mejor manera de vivir”, “Para cuidar el medio ambiente y salud de las personas”, “Porque lo consideramos una forma de producción sustentable, que permite que el grupo familiar se pueda desarrollar y vivir en el ámbito rural”, “Porque considero esencial el cuidado del suelo y el ambiente así como también producir alimentos sanos”. Además, en una de las respuestas se desliza un tema que también sale luego, al ser consultados por las relaciones de vecindad, donde uno de los problemas comunes tuvo que ver con fumigaciones y desmontes: “Sostengo y elijo este modo de producción porque es una manera de producir alimentos saludables, más allá de que por las malas prácticas de productores agrícolas, mi producción se vea afectada; por ejemplo, que aparezca glifosato en la miel”.

En relación a los saberes que sustentan las prácticas desarrolladas, de 13 respuestas, un 92,3% de las encuestadas ha participado de espacios de formación o capacitación y un 7,7% respondió de manera negativa a tal pregunta. En esta línea, cuando se consulta al respecto de las temáticas de interés para abordar en espacios de trabajo, se expresan las siguientes respuestas: producción agroecológica extensiva; agroforestal, hierbas medicinales y aromáticas; elaboración de quesos; apicultura; microcréditos; y Sistemas Participativos de Garantía.

Gráfico 4

22. a) ¿Ha participado en espacios de formación o capacitación como cursos, talleres, etc.?
13 respuestas



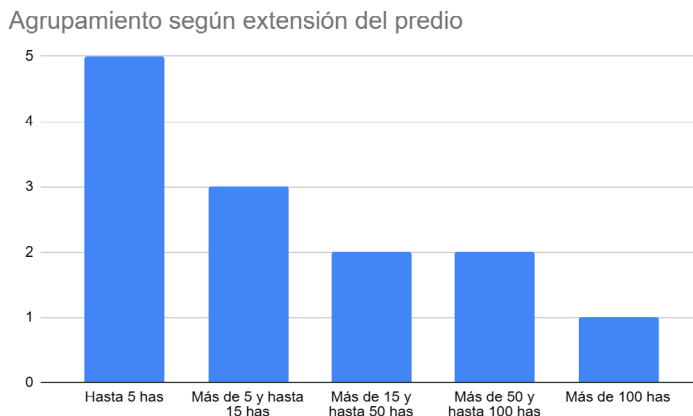
Fuente: Relevamiento propio.

4.2.2. Capa Socioeconómica

A fines analíticos y de procesamiento de la información obtenida, esta capa está dividida en dos. Inicialmente, presentaremos los resultados que hacen a la primera subcapa, orientada a observar las especificidades que adquieren las relaciones de producción en cada experiencia, con especial atención a la división sexual del trabajo.

En relación a las dimensiones del predio en el que se trabaja, y la superficie total dedicada a la producción, también se evidencian distintas realidades, aunque son mayoría (8) aquellos emprendimientos que no superan las 15 hectáreas.

Gráfico 5

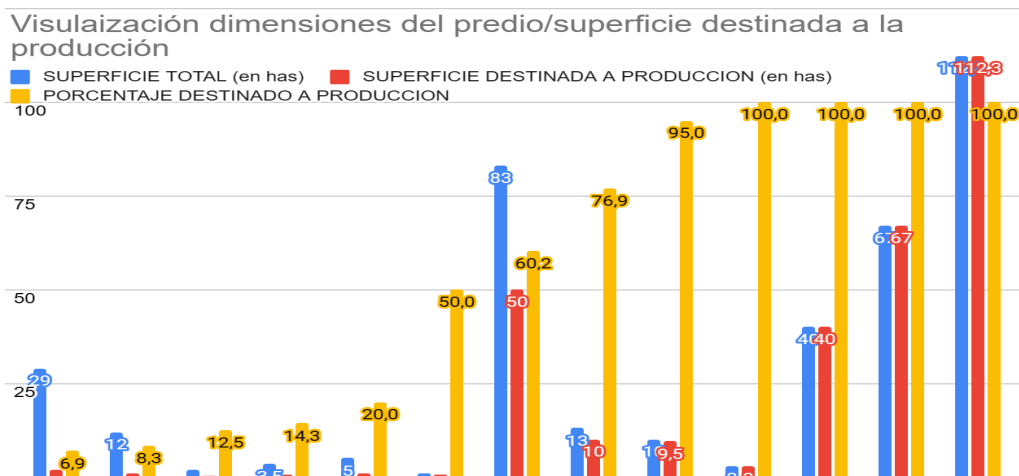


Fuente: Relevamiento propio.

El dato se complejiza aún más al observar la pregunta sobre cuánto de esta superficie está destinada a la producción. El resultado arroja que de las 330,8 has disponibles, el 78% se encuentra bajo algún sistema de producción en la actualidad (es decir, poco más de 297 has). Si a este número lo analizamos junto al modo de producción expresado en la capa anterior, donde hubo sólo una experiencia que no se identificó como realizando producción agroecológica u orgánica⁵, podemos ver que hay más de 295 has dedicadas exclusivamente a producir bajo los postulados de la agroecología.

En este marco, ocho de los casos destinan la mitad o más de la extensión a producir, tal como puede verse en el gráfico siguiente.

Gráfico 6

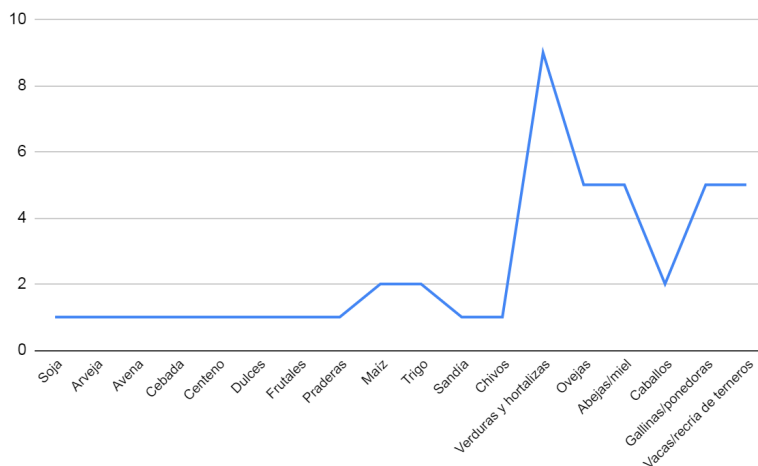


Fuente: Relevamiento propio.

5. Pero sí dentro de la agricultura familiar.

Dentro de cada predio se llevan a cabo una diversidad de actividades productivas⁶. En este sentido, el 61% de las personas encuestadas identifican que realizan más de dos actividades productivas en el predio. Este número asciende hasta 7 o 9 en algunos casos, dando cuenta de que estamos frente a claros ejemplos de pluriactividad.

Gráfico 7



Fuente: Relevamiento propio.

Con respecto al fin de la producción, sólo en dos casos se identifica la comercialización, mientras que en la gran mayoría (11) se produce tanto para comercializar como para consumir.

Dichas actividades son llevadas a cabo por grupos de personas que no superan los nueve integrantes. Es más, en el 70% de los casos (es decir, en nueve de los trece consultados) sólo hay un máximo de cuatro personas implicadas. En la mayoría de los casos, estas conformaciones tienen la particularidad de ser constantes a lo largo del proceso productivo (ya que sólo en dos oportunidades mencionan que se producen variaciones), y el 70% no acude a la contratación de personal temporario.

Se contabilizaron 53 personas implicadas en tareas productivas. De ese número, 33 son varones (62%) y 20 son mujeres (38%). Sólo son dos los casos en los que la cantidad de mujeres supera al de varones (15%), mientras que en cinco establecimientos (38%) hay una distribución ecuánime.

Respecto de las tareas de gestión y administración, se contabilizaron 24 personas implicadas: 11 varones y 13 mujeres. En tres casos (23%), no hay mujeres abocadas a dichas tareas, y en el 54% superan la mitad de personas implicadas en las mismas.

En cuanto a las tareas de cocina y limpieza del espacio, se contabilizaron 39 personas implicadas. Si bien los varones superan en número a las mujeres (20 y 19 respectivamente), la distribución general muestra que: casi en la mitad de los casos (46%) hay una distribución ecuánime, y en tres de ellos (23%) hay más varones que mujeres implicados en estas tareas.

6. Vale aclarar que en este conjunto de preguntas se está tomando la idea clásica de producción, ligada a la producción de bienes o servicios para el mercado. Luego, podremos tensionar este punto con la idea de reproducción social presentada en nuestro marco teórico, en diálogo con el escenario de pluriactividad que muestran los resultados y la pregunta por la feminización de las tareas reproductivas.

Estos números dan cuenta de una tendencia que no se condice enteramente con la distribución tradicional de las tareas (tal como describen Carrasco, Korol y Visintini). Nos lleva a esbozar un primer hallazgo en torno a la especificidad de las relaciones de producción al interior de establecimientos agroecológicos, que tienden a evidenciar las tareas implicadas en la trama de reproducción social y a intentar distribuirlas entre hombres y mujeres.

Hay dos aspectos necesarios de seguir indagando y revisando al interior de experiencias que se identifican con los postulados de la agroecología. Por un lado, el cuidado de personas menores y adultas mayores sigue siendo un tema sobre el que resulta necesario indagar. De seis respuestas que dan cuenta de que hay personas que requieren algún grado mayor de cuidados, las madres aparecen como las cuidadoras principales (4), seguidas por ambos padres/madres (1), y un hijo (1). Por otro lado, la propiedad de la tierra sigue estando mayormente concentrada en propietarios varones.

Seguidamente, interesa exponer ahora lo relevado en relación al acceso a servicios públicos en contextos de ruralidad y periurbanos.

En lo que respecta al acceso a agua de uso exclusivo para la producción, sólo en un caso la respuesta fue negativa. Su origen es variado: pozo (11), tajarar de lluvia (4), agua de red (1), bomba semisurgente (1). Para los casos donde el abastecimiento se da por tajarar de lluvia, la respuesta se entrelaza con otra pregunta, que tiene que ver con la identificación de problemas comunes con sus vecinos. El agua, en su escasez, aparece de manera explícita: “Una de las problemáticas que hemos tenido con un colega es la falta de agua, porque se han secado las fuentes de agua que tenemos cerca de nuestras colmenas”.

También indagamos por la existencia de personas viviendo de manera permanente en los predios. Aquí, sólo en un caso la respuesta fue negativa, expresando como motivo la falta de vivienda en el mismo. Quienes indicaron que sí, dan cuenta de una permanencia cotidiana, ya que, de manera unánime, seleccionaron la opción de entre 6 y 7 días a la semana. En el 85%, quienes habitan los predios son sus propietarios. En dos casos, a éstos se le suman trabajadores; y en uno, son solamente trabajadores.

Al ser consultados por el agua para consumo de habitantes, hubo una variación en relación a la pregunta por el acceso al agua para la producción: se sumó una segunda respuesta negativa. En relación al medio de abastecimiento, aparecen nuevas opciones: pozo (9), arroyo (2), bomba semisurgente (1).

Con respecto al acceso a energía eléctrica, sólo un caso respondió que no posee. De los doce que respondieron por la afirmativa, el medio de abastecimiento es línea de media tensión (11) y monofásica (1).

En el 100% de los casos, hay acceso a telecomunicaciones, sea por telefonía celular y/o internet.

En relación al medio de transporte y movilidad principal, el auto tiene preeminencia (10), y en un caso se utiliza la tracción a sangre. Cuando se les consultó por la cercanía al transporte público, más de la mitad indicó que no hay.

Al ser consultados por el estado de los caminos que permiten la entrada y salida del predio, sólo tres respondieron que pueden transitarlos aún en días de lluvia.

Esta pregunta puede ser también complementada por la consulta sobre la identificación de problemas comunes con vecinos, donde hay testimonios que identifican: “Falta de caminos afirmados y falta de repaso frecuente” y “El mal estado de los caminos”.

El acceso a prestadores de salud es identificado como una constante entre todos los casos. Al desagregar el tipo de acceso, los resultados evidencian dificultades. En la mayoría (9), la distancia que deben recorrer para llegar a los mismos, supera los 5 km (llegando a ser más de 10 km en cuatro de los casos). Con respecto a los tipos de prestaciones, sólo un caso identifica que puede acceder a solicitar ambulancia; igual número para servicios de alta complejidad; y cuatro para emergencias. El resto, para controles de rutina.

La accesibilidad a establecimientos educativos está garantizada en más del 90% (12). Nuevamente, la distancia a recorrer hacia y desde ellos, es notable: siete deben desplazarse entre 3 y 10 km, y sólo cinco los identifican a menos de 3 km. La movilidad utilizada para llegar es, mayormente, vehículo propio, aunque también se usa el colectivo y, en un caso, se va caminando.

Ahora bien, en lo que respecta a la segunda subcapa, sobre conexiones para la gestión colectiva y cooperativa de los territorios y la alimentación, en los doce casos donde se relevó la utilización de insumos, el abastecimiento se da, mayormente, por producción propia (11), pero también se realizan intercambios (5) y se complementan con insumos comprados (10).

Quienes utilizan insumos biológicos (11) participan, en su totalidad, en su proceso de producción, ya sean de elaboración propia o comprándolos una vez elaborados. Así, el modo de producción de dichos insumos tiene una preeminencia colectiva y/o familiar.

Al ser consultados por el intercambio de insumos, sólo hubo una respuesta afirmativa y luego quedaron igualadas la opción de “a veces” (6) y la negativa (6). Sin embargo, once personas sostuvieron que les interesaría hacerlo.

Tabla 2: Experiencias interesadas en realizar intercambio de insumos

Biofabrica municipal	Sí
Agroindustrial Agropecuaria Paraná Cooperativa de trabajo	Sí
La Dorita, Granja Agroecologica	Sí
5 Gurises	Sí
Huerta Santa Catalina	Sí
Apicultura San Expedito	Sí
Chacra PosVill	Sí
La Cumbre	Sí
Establecimiento La Josefina	Sí
Sabores de la Huerta	Sí
Minhoca	Sí

Fuente: Elaboración propia.

Algo similar ocurre con el abastecimiento de semillas, ya que hay una yuxtaposición de compra (13), producción propia (9) e intercambio (6). A continuación, se listan las experiencias que realizan producción propia y los tipos de producción que identifica-

ron en cada caso, a fin de poder socializarlo y, quizás, generar intercambios y/o compra-venta entre sí.

Tabla 3: Experiencias que producen semillas y tipos de producción

Experiencia	Localidad	Tipo de producción
Biofábrica Municipal	Rincón del Gato	Vacas, gallinas, huertas, abejas, ovejas
Agroindustrial Agropecuaria Paraná Cooperativa de Trabajo	Paraná	Verdura de hoja, ponedoras, chivos, abejas, sandía
La Dorita, Granja Agroecológica	Basavilbaso	Ganado vacuno, gallinas, trigo, maíz, praderas
5 Gurises	Colonia Hocker	Hortalizas, ganado vacuno y ovino
Clauise	Aldea San Antonio	Acelga, lechuga, cebolla de verdeo, cebolla de cabeza, remolacha, achicoria, zapallito de tronco, calabaza, zapallo, morrón, tomate
Huerta Santa Catalina	La Paz	Hortalizas de hojas
Establecimiento La Josefina	Concordia	Dulces de leche, quinoto, sandías, zapallo, vacas, gallinas, corderas, abejas, caballos
Sabores de la Huerta	Estación Yerúa	Verduras y hortalizas
Minhoca	Tabossi	Cultivo de trigo, centeno, cebada, avena, arveja, soja, maíz, cría de bovinos, ovinos y gallinas ponedoras

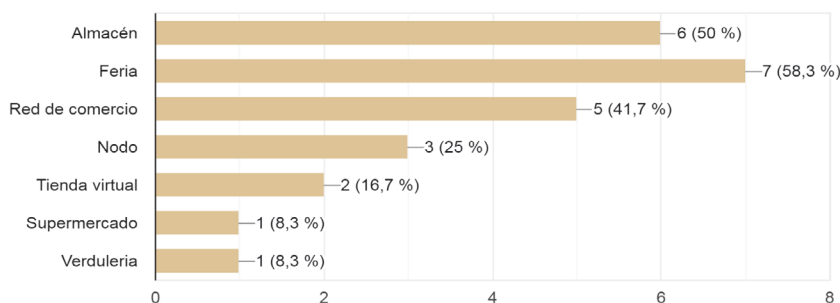
Fuente: Elaboración propia.

En relación a la comercialización, la mayoría de las experiencias combina la modalidad directa con la indirecta (10), mientras que un pequeño número sólo lo hace de manera indirecta (2). Esta actividad se da en gran medida tanto dentro como fuera del predio (9), pero también hay quienes lo hacen solamente fuera (2) o dentro de él (1).

Los medios para la comercialización indirecta resultan variados, aunque priman los espacios de cercanía, al sumar ferias, redes de comercio y nodos.

Gráfico 8

16. c) De comercializar de manera indirecta, lo hace a través de (puede marcar más de una opción):
12 respuestas



Fuente: Relevamiento propio.

La escala a la que se destina la producción es mayormente local (12), pero también se identifican destinos provinciales (6), nacionales (4) e incluso, internacionales (1).

El traslado de la producción hacia espacios de acopio y/o puntos de venta se resuelve, en primer lugar, con medios propios (11), aunque también se resuelve a través de alquiler (2), préstamos (2) y que sea el intermediario quien retira desde el establecimiento (1).

En aquellos casos en los que resulta necesario realizar acopio y/o almacenamiento de cosechas, en la mayoría de las experiencias utilizan medios propios (8). En menor medida, se alquilan (1), se comparten con vecinos (1) o se resuelve con medios prestados (1).

El detentar la propiedad de las maquinarias con las que se llevan a cabo las tareas de producción también es un rasgo saliente (9), pero también se utilizan prestadas (4), alquiladas (2) y de uso compartido (2). Quienes comparten maquinaria lo hacen con: colectivo de productores y familiares. Cabe destacar que, en nueve casos, la maquinaria se utiliza sólo en producciones agroecológicas.

Son siete las experiencias interesadas en realizar intercambios o préstamos de maquinaria con otros/as productores/as o vecinos/as. A continuación, detallamos qué podrían ofrecer y qué necesitarían que les presten.

Tabla 4: Experiencias que quisieran realizar préstamos de maquinaria

Experiencia	Localidad	Artículos que podría prestar	Artículos que necesitaría
Agroindustrial Agropecuaria Paraná Cooperativa de Trabajo	Paraná		Sembradora
La Dorita, Granja Agroecológica	Basavilbaso	Disco	Pulverizadora, sembradora
Clauvise	Aldea San Antonio	Pulverizadora	Disco, sembradora
Huerta Santa Catalina	La Paz	Moto cultivador de 15 hp	Tractor, disco
Chacra PosVill	Villa Libertador San Martín	Pulverizadora, maquinarias de mano	Tractor
Establecimiento La Josefina	Concordia	Tractor, disco	
Minhoca	Tabossi	Pulverizadora, tractor, disco, sembradora, cosechadora, máquina de limpiar semillas	Tractor, bes

Fuente: Elaboración propia.

De manera complementaria, también son siete las experiencias que manifestaron que podrían brindar algún tipo de servicio vinculado a la producción, detallados en la tabla siguiente.

Tabla 5: Experiencias que pueden ofrecer servicios vinculados a la producción

Experiencia	Localidad	Servicio/s
Biofábrica Municipal	Rincón del Gato	Conexiones de agua, perforaciones

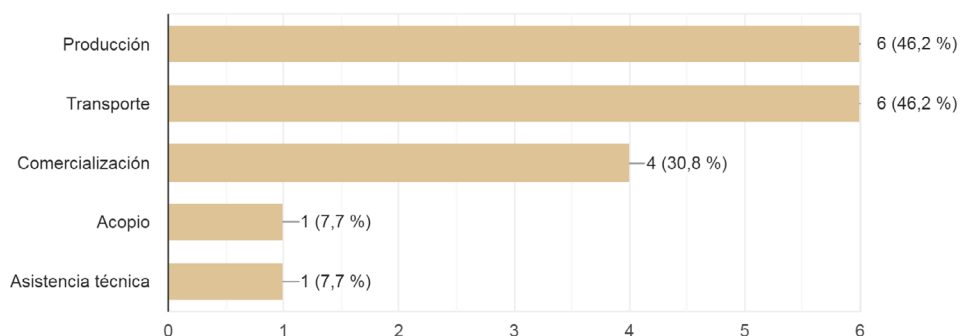
Agroindustrial Agropecuaria Paraná Cooperativa de Trabajo	Paraná	Colocación y arreglo de alambrados, conexiones de agua, perforaciones
Huerta Santa Catalina	Concordia	Asesoramiento técnico
Apicultura San Expedito	El Quebracho	Poder ir a observar las colmenas
La Cumbre	Quebracho	Arreglos eléctricos
Minhoca	Tabossi	Colocación y arreglo de alambrados, conexiones de agua, perforaciones, arreglos eléctricos, arreglo de maquinaria, arreglo de vehículos, molienda y fraccionamiento

Fuente: Elaboración propia.

Por otro lado, las mayores dificultades en el proceso productivo fueron identificadas del siguiente modo:

Gráfico 9

19) ¿Podría contarnos en qué parte del proceso identifica las mayores dificultades? (seleccione las dos principales)
13 respuestas



Fuente: Relevamiento propio.

4.2.3. Capa Sociopolítica

Dentro de las producciones abordadas, cuando se consulta por el motivo de elegir y sostener producciones agroecológicas, predominan dos fundamentos principalmente: la posibilidad de ofrecer y consumir alimentos sanos, y el cuidado del ambiente. En este sentido, el 54% de las encuestadas vincula el modo de producir a la alimentación sana, mientras que un 61,5% posiciona el motivo ambiental también.

En este marco, muchas encuestadas trabajan relaciones entre los dos motivos y lo enlazan a la salud. Una persona encuestada expresa: “Sostengo y elijo este modo de producción porque es una manera de producir alimentos saludables, más allá de que, por las malas prácticas de productores agrícolas, mi producción se vea afectada, por ejemplo que aparezca glifosato en la miel”. Aquí se enlazan motivos de salud ligados a la agroecología, como también un efecto, retomado luego en la encuesta, en refe-

rencia a la deriva de los agrotóxicos que contaminan el alimento. A este vínculo entre alimento y no utilización de insumos de síntesis química se lo menciona también en otra encuesta, cuando se argumenta que “producir ‘sano’ es la única manera de ‘hacer alimentos’ y la mejor manera de vivir”. Esta última respuesta asocia también la agroecología y el modo de producción a una manera de vivir mejor, que otras encuestas expresan también entre los motivos al hablar de que, con esta producción, pueden vivir en el lugar, y que permite ser fuente de trabajo de la familia que vive allí. Todos estos componentes nos expresan un motivo de arraigo (en contraposición al desarraigo rural que ha producido el modelo productivo de agronegocios), que se ve expresado muy nítidamente en una respuesta cuando explica que la agroecología “permite que el grupo familiar se pueda desarrollar y vivir en el ámbito rural”.

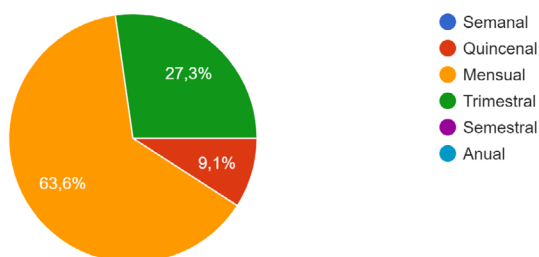
En relación a la vida rural y la organización colectiva, todas las encuestadas mencionan que conocen a sus vecinos. Un 53% responde que perciben problemas comunes y un 33% expresa que los abordan de manera colectiva. Entre las problemáticas que comparten se encuentran las fumigaciones, desmontes, problemas climáticos, caminos deteriorados, falta de agua, inseguridad y económico-financieros. Para solucionarlos, se organizan en diferentes escalas: desde grupos de WhatsApp para comunicarse de manera eficiente, hasta la conformación de la Junta Vecinal (órgano político de la zona semi rural donde habitan).

En la relación a órganos estatales y no estatales, un 92% afirma haber tenido alguna relación con organismos del primer tipo, mientras un 41% con sectores organizados no estatales. En la articulación con el Estado predominan las demandas de resolución de problemas económicos, servicios básicos y técnico-productivos, mientras que en las articulaciones con organizaciones de la sociedad civil predomina el fomento y creación de espacios de intercambio colectivo.

Esto tiene relación con la alta participación de las encuestadas en espacios colectivos de producción. Un 85% participó o participa de espacios y reuniones con otros productores o profesionales técnicos. De ese porcentaje, la mayoría se colectiviza de manera autónoma al Estado, y quienes se vinculan al Estado lo hacen con organismos que tienen perfiles técnico-productivos. Esto último coincide con las temáticas colectivas que comparten entre vecinos y vehiculizan al Estado. El porcentaje menor de reuniones propiciadas con organismos estatales puede vincularse también a que sólo un 33% de las encuestadas identifica haber realizado una demanda formal al Estado, a la vez que la participación periódica en los espacios es alta, como indica el gráfico siguiente.

Gráfico 10

20. e) ¿con qué frecuencia se reúnen?
11 respuestas



Fuente: Relevamiento propio.

Quienes manifiestan no participar de espacios colectivos expresan que desean hacerlo. Esto permite dar cuenta del sentido de colectivización que hay en las encuestas, que se combina con resultados en relación al sentido colectivo del proceso de generación de alimentos. Cuando se les consulta sobre el uso compartido de maquinaria por ejemplo, la mayoría menciona que lo hace con un grupo de productores (50%), dos tercios por encima de las demás opciones.

En relación a la difusión de la agroecología en los diversos ámbitos, todos mencionan que es necesaria una mayor difusión y la mayoría lo hace desde sus redes sociales propias (100%), mientras un 72% manifiesta hacerlo también en charlas, debates e instancias de intercambio.

Sobre los espacios donde creen necesario que se desarrolle la difusión, los ámbitos educativos se ubican en el primer lugar, seguido de los medios de comunicación y los ámbitos de salud. La pregunta ofrece respuesta abierta, y se suma a estos tres espacios la posibilidad de difundir “en el Estado que desconoce”. A partir de estas respuestas, podemos entender que lo que más necesario ven es una difusión en ámbitos estatales y formadores de opinión, lo que puede expresar una vacancia en el tratamiento de la temática en estos ámbitos de reproducción de conocimientos y por ende, una política, consciente o no, de no valoración de los diálogos que propone la agroecología.

5. Conclusiones

Consideramos que, en los tiempos y con el presupuesto disponible, realizamos un trabajo que sin pretensiones de agotar la cuestión, nos permitió una primera aproximación hacia las experiencias y redes territoriales vinculadas a la producción agroecológica de la provincia. Al respecto, retomamos algunas de las intenciones que enunciamos en el proyecto original. Allí, nos propusimos aportar:

- a. La sistematización de las experiencias agroecológicas de la provincia de Entre Ríos y el mapeo de sus articulaciones territoriales, y el fortalecimiento de ciclos de producción, comercialización y consumo virtuoso entre los habitantes de la comunidad. Consideramos que hemos realizado una primera aproximación hacia dicha sistematización y, fundamentalmente, construido una herramienta abierta que queda a disposición de las productoras para ser respondida e incluso trastocada, modificada, mejorada, etc., en función de los requerimientos y necesidades que surjan en el futuro.
- b. La instalación y enriquecimiento de la discusión académica en torno a la temática de la agroecología política. Al respecto, hemos participado de instancias de encuentro y discusión con equipos de investigación que, desde perspectivas similares, vienen llevando adelante investigaciones en torno a la agroecología en otros territorios, tanto a nivel nacional como internacional. Asimismo, el proceso de investigación ha redundado en el dictado de cursos y seminarios de grado y posgrado, lo que ha permitido multiplicar los espacios e instancias de intercambio y ha enriquecido nuestra propia mirada en torno a la temática.
- c. La construcción de categorías analíticas a partir de la interlocución con quienes construyen las experiencias analizadas. En este sentido, consideramos

que se realizó un trabajo significativo que abre diferentes líneas que quizás puedan ser profundizadas en el futuro:

- La primera línea surge de la primera etapa del trabajo de campo, y es de interés indagar más profundamente sobre las trayectorias de estas mujeres productoras que se hicieron cargo de sus campos con el objetivo claro de desarrollar producciones agroecológicas. Estos recorridos y estas historias, cruzadas por relaciones familiares y apuestas de vida, es una línea emergente que no contemplamos en la proyección de la investigación, pero que hoy percibimos con más claridad que no se pueden comprender sus producciones y prácticas sino insertas en una historia de vida que las trasciende.
- La segunda línea recorre todo el proceso de investigación y tiene que ver con identificar, recuperar y reflexionar en torno a ciertas categorías analíticas referidas a la construcción política vinculada a la agroecología a nivel local, desde la experiencia concreta de quienes la construyen. Específicamente, nos estamos refiriendo a que todo el proceso de armado, puesta a andar y resultados del formulario significó la interlocución e interpelación en torno a categorías y el diálogo permanente entre los supuestos teóricos y los que nos interpelan en el campo: desde qué entendemos por producción agroecológica, sus formas organizativas, sus urgencias, sus tiempos, hasta la definición misma (o de la imposibilidad de definir de una vez y para siempre) aquello que consideramos *agroecología política*.

En este sentido, también aparecen los aportes de la agroecología feminista que, más allá de cuestiones técnicas (propias de lo que dimos por llamar capa ecológica), pone el foco sobre la organización de la multiplicidad de tareas imbricadas en el sostenimiento de lo vivo, poniendo en jaque las relaciones patriarcales cristalizadas mediante la división sexual del trabajo. De esto se nutre, en parte, lo que pudo ser relevado en la capa socioeconómica.

De manera complementaria y sin dudas, algunos conceptos constituyen hoy pistas para seguir indagando, tales como la noción misma de *abundancia*, el propósito y la energía puesta en “revitalizar el suelo (y con él la vida)”, “el trabajo que hace la biodiversidad”. Pensamos en ellos como conceptualizaciones en torno a la agroecología política, con el mismo valor analítico y explicativo que la bibliografía académica sobre la temática. Si bien hemos esbozado aquí algunas reflexiones al respecto, estamos convencidos de que nos abren una diversidad de debates para seguir pensando en torno a qué implica y significa hacer agroecología política en la provincia de Entre Ríos, en particular.

Bibliografía

- Aranda, D. (comp.) (2020). *Atlas del agronegocio transgénico en el Cono Sur: monocultivos, resistencias y propuestas de los pueblos*. Marcos Paz: Acción por la Biodiversidad.
- Calle Collado, A., Gallar, D. y Candón, J. (2013). Agroecología política: la transición social hacia sistemas agroalimentarios sustentables. *Revista de economía crítica*, (16), 244-277. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4524489>

- Caporal, F. y González de Molina, M. (2011). Presentación. Número dedicado a Agroecología Política. *Agroecología*, (6), 7. Disponible en: <https://revistas.um.es/agroecologia/article/view/160611>
- Carrasco Bengoa, C. (2017). La economía feminista. Un recorrido a través del concepto de reproducción. *Ekonomiaz Revista vasca de Economía*, 91(01), 50-75.
- Fernandez Alvarez, M. I. y Carenzo, S. (2014). *Del "otro" como sujeto de investigación al "otro" como productor de conocimiento:(re) pensando la práctica de investigación etnográfica con organizaciones sociales*.
- Giarraca, N. y Teubal, M. (coord.) (2005). *El campo argentino en la encrucijada: estrategias y resistencias sociales, ecos en la ciudad*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- González de Molina, M. (2011). Algunas notas sobre agroecología y política. *Agroecología*, (6), 9-21. Disponible en: <https://revistas.um.es/agroecologia/article/view/160621>
- Korol, C. (2016). *Somos tierra, semilla, rebeldía: Mujeres, tierra y territorios en América Latina*. GRAIN, Acción por la Biodiversidad y América Libre.
- Leff, E. (2006). La ecología política en América Latina. Un campo en construcción. En H. Alimonda, *Los tormentos de la materia. Aportes para una ecología política latinoamericana*, Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Leyva Solano, X. y Speed, S. (2008). Hacia la investigación descolonizada: nuestra experiencia de co-labor. Leyva Solano, Xochitl, A. Burguete y S. Speed (coords), *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor* (pp. 65-108). México D.F.: CIESAS/FLACSO Ecuador-Guatemala.
- Machado Aráoz, H. (2009). Ecología política de la modernidad. Una mirada desde Nuestra América. *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Asociación Latinoamericana de Sociología.
- Merlinky, G. (2021). *Toda ecología es política. Las luchas por el derecho al ambiente en busca de alternativas de mundos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Rappaport, J. (2007). Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración. *Revista Colombiana de Antropología*, (43), 197-229.
- Rodríguez Lezica, L. y Migliaro, A. (2021). Territorios para cuidar la vida. Experiencias de mujeres en lucha desde Uruguay. En J. Díaz Lozano, D. T. Cruz Hernández, L. Magalhães y V. Pasero (Comps.), *Fronteras y cuerpos contra el capital. Insurgencias feministas y populares en Abya Yala*. (pp. 83-108). El Colectivo, Colección Chico Méndes, Bajo Tierra Ediciones.
- Svampa, M. (2013). «Consenso de los Commodities» y lenguajes de valoración en América Latina. Buenos Aires: Nueva Sociedad.
- Trevilla Espinal, D. e Islas Vargas, E. (2019). Apuntes (eco) feministas desde Abya Yala para la soberanía alimentaria. *Boletín Geocrítica Latinoamericana*. Dossier: Geografías de género y feminismos-en-y desde-Latinoamérica, (2), 77-84.
- Visintini, M. L., Amherdt, C., Manassero, L. y Visiniti, L. (2023). Desde temprano: las mujeres tamberas en la cuenca lechera santafesina. Aproximaciones desde la Geografía de Género. En P. Sandoval, *Tenacidad y conflicto. Semblantes de la lechería familiar santafesina*. Santa Fe: Ediciones UNL, en prensa.

Indicadores de producción:

PREMIOS Y DISTINCIONES

Beca de Movilidad con Perspectiva de género otorgada por el Ministerio de Producción Ciencia y Tecnología y el Ministerio de Igualdad, Género y Diversidad de la provincia de Santa Fe, para la realización de una estancia de investigación en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá (Colombia). Ma. Victoria Taruselli

PRESENTACIONES A CONGRESOS INTERNACIONALES

2022 Participación en el conversatorio: Experiencias de investigación colaborativa con organizaciones sociales y colectivos. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

2022 Presentación de ponencia en XV Congreso Nacional y VIII Internacional sobre Democracia «¿Hacia un nuevo escenario internacional? Redistribución del poder, territorios y ciberespacio en disputa en un mundo inestable». Facultad de Ciencia Política y RR II - UNR

2022 Exposición en los “Coloquios Temáticos Interdisciplinarios” organizados por el Doctorado en Ciencias Humanas, Universidad Talca (Chile). Taruselli, Ma. Victoria

PID 5135 Denominación del Proyecto

Análisis de experiencias y articulaciones agroecológicas en el corazón de una provincia fumigada

Directora

María Victoria Taruselli

Codirectora

Mariel Daniela Zanucoli

Unidad de Ejecución

Universidad Nacional de Entre Ríos

Dependencia

Facultad de Trabajo Social

Contacto

victoria.taruselli@uner.edu.ar

Integrantes del proyecto

Docentes: Bautista, María Victoria; Scattone Moulins, Facundo. Colaboradoras: Laurens, Denise. Estudiante: Gorbik, Georgina.
Becaria: Leonardi Lissi, Ariana María

Fechas de iniciación y de finalización efectivas

24/02/2021 a 28/02/2023

Aprobación de Informe final mediante resolución C.S. N°294/23 (01/09/2023)